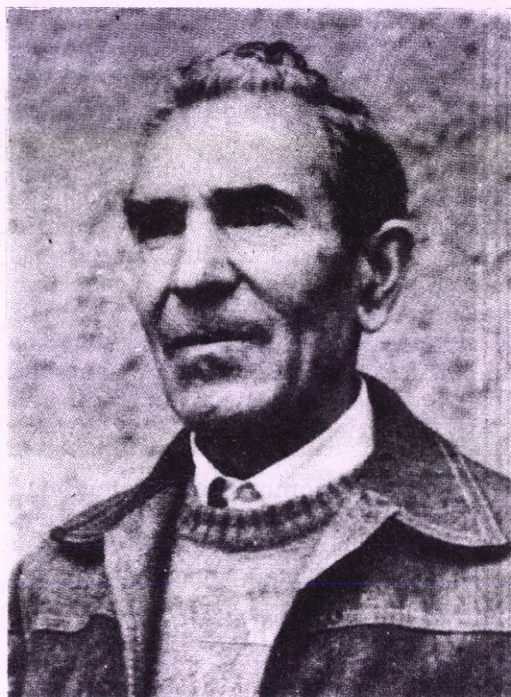


Mario Marini

(1910-1984)



Todavía me parece mentira, oigo decir a uno de los hermanos.

Pero es verdad. Cuando menos lo pensábamos se nos fue MARIO MARINI. El hombre bueno: caballerosidad, finura de modales, transparencia clara y plácida de la noble delicadeza que brotaba espontánea de la buena madera de su ser, de su conversación, de las frases de sus escritos personales, y hasta de su tipo de letra.

HOMBRE BUENO en su doble dimensión humana y de fe.

La vida de Mario es una semblanza de Salesiano laico con regusto y aroma de fruto primerizo. Es una figura de perfil patriarcal, aureolada con los valores y encantos de los salesianos de la primera hora. Y nos van quedando tan pocos. . . Algo de aquel ambiente del Oratorio que

palpita en las Memorias Biográficas de Don Lemoyne había calado en él y se fue decantando con el paso de los años en la estructuración de su personalidad inconfundible. De presencia y de su trato emanaba un halo de salesianidad, de modalidad laical y de sello originalmente propio. Como que se había acuñado en contacto con superiores y hermanos que bebieron la espiritualidad salesiana muy cerca de las fuentes.

Una señora, al recibir la noticia del fallecimiento, no pudo menos de manifestar la impresión inmejorable que en ella había quedado del único y breve encuentro con él en la sastrería, pocos días antes de su muerte.

Se nos fue Mario tras unos penosos meses de arrostrar calladamente la lucha con la enfermedad que truncó su existencia en pocos días. Seguramente no sos-

pechaba la gravedad del mal. . . Como ocurre con tantos Salesianos de hoy, de ayer y de siempre, desde el comienzo de la Congregación.

Nuestro adiós postrero fue una larga jornada de encuentro y de vivencia sabrosa y rica de familia. Eucaristías repetidas en los dos días de velación. Presencia de todas las ramas de la familia: salesianos, salesianas, exalumnos, amigos del barrio de La Tola, niños y jóvenes del Colegio, 30 sacerdotes y dos obispos en el rito de despedida.

Y ahora, en nombre de la Comunidad de Obras Sociales Santo Domingo Savio y de todos sus buenos hermanos y amigos, siento al mismo tiempo júbilo y pena al comunicar oficialmente que ha traspuesto ese velo de misterio que nos separa de la eternidad.

Porque tratándose de Marini, se da esa ambivalencia de sentimientos que despiertan en nosotros los grandes y solemnes acontecimientos de nuestras vidas de peregrinos: se entiende cuando son vistos y valorados con óptica de fe.

Nos sentimos agradecidos a Dios por una vida tan bonita, humanamente hablando; y tan plenamente profética en la sugestividad de su testimonio de vida consagrada y laical. Por otra parte se nos vienen las lágrimas a los ojos y se anuda la pena en la garganta, porque lo queríamos. ¿Y quién se separa sin desgarrones muy vivos en el alma de un ser querido?

Esta muerte trajo sollozos y lágrimas a muchos rostros. Y ha sido también motivo de amargas frustraciones por el vacío que deja y las ilusiones que apaga, así tan de improviso, inesperadamente. Pues a pesar de sus 74 años bien contados y vividos que tenía, había ilusiones fundadas en la vida de Marini. Y si no

que lo digan los Salesianos y los chicos del Centro Juvenil de Cumbayá. Porque el mismo día que salió para la clínica, debía ser el primer día de clase en la nueva Escuela de Sastrería.

El nuevo Taller-Escuela venía preparándose desde hacía algunos meses. Se abrigaba la ilusión de poder ofrecer a los jóvenes del Centro una nueva opción en el empeño de reorientar sus vidas y prepararles un porvenir en el que pudieran realizarse como dignos hijos de Dios e integrarse adecuadamente en la sociedad. La ilusión había prendido en Marini y trajinó incansablemente durante tres largos meses desoyendo y subestimando el dolor que le apercibía de la enfermedad. Desinstalación, desmontar máquinas, empaquetado y traslado, adecuación del nuevo local, selección de los primeros alumnos. Terminaron finalmente los ajetreos y el taller estaba listo.

Y paralela; pero ocultamente, la muerte hacía sus preparativos también. Y se anticipó ganando trágicamente la carrera.

Era el 8 de marzo del año en curso, jueves de ceniza. De mañana, debieron llevarle a la clínica. Y solamente tres días después las esperanzas de salesianos y jóvenes de Cumbayá se desvanecieron inconsistentes e ingravidas. El simbolismo de la ceniza, en cambio, nos golpeaba y pesaba en la mente de todos. Los chicos del Centro que ya habían conocido a Marini en el Colegio Don Bosco el año 1981, quedaron esperando en el nuevo taller la vuelta del Maestro. . . Y no volvió a dar la primera clase en el nuevo taller.

También hubo tajo, corte brusco en la trayectoria de la vida de Mario. Se había preparado de joven en las escuelas

de alta costura de Roma, antes de hacerse salesiano. Vino en sus mejores años de plenitud, 1948 a trabajar por los pobres en el Ecuador. Sus últimos años en la Tola fueron de relativa frustración. Debido a la reestructuración de obras y programas de apostolado, cambios de tiempos, edad, imponderables, en fin, había quedado sin alumnos. Superó, sin embargo, la sorpresa y el proceso de acomodación del cambio de casa (había trabajado siempre y durante 34 años en la Tola).

Y de nuevo vio que su vida todavía valía y tenía sentido, que había autenticidad salesiana en su apostolado, volvía a trabajar por los chicos pobres. Y de improviso. . . zas, la enfermedad le cortó el hilo de la vida.

MARIO MARINI, nombre, apellido y vida marianos, (todos los domingos iba y volvía a pie al Santuario de Guápulo; todos los días rezaba sólo o acompañado el Rosario en los pórticos de la Tola), nació en Pèdaso (Ascoli Piceno), Diócesis de Fermo. El 16 de noviembre de 1910, ya avanzado el otoño, sus padres Agustín y Josefina oyeron sus primeros vagidos, se gozaron contemplando embelesados la expresión del diminuto rostro del quinto de sus siete retoños. Y la vida de MARINI comenzó a rodar por la Historia. No imaginaban entonces que el trazado de su destino cruzaría en sesgo el hemisferio Norte y vendría a detenerse junto a la Línea Equinoccial, a pocos kilómetros de latitud Sur, precisamente en la Ciudad de San Francisco de Quito, en el castizo Barrio de la Tola, en lo que entonces era Colegio Salesiano de "Artes y Oficios".

Tras reiterada y machacona insistencia de su Párroco Don Atilio Mira (el candidato contaba 32 años, había estado en la Marina y era sastre muy cotizado) fue aceptado como aspirante en la Casa de Mandrione, Roma. Hizo el Noviciado,

1942-43, en Mandrione y San Calixto. Los aliados y las potencias del EJE enzarzados en la segunda guerra mundial se discutían el dominio de Italia. Y en los meses de Noviciado, anota Mario en su diario, su Patria se separaba de Alemania firmando un armisticio con los Americanos.

En un cuaderno lleva minuciosa cuenta de las obras de sastrería que le encomiendan. Corta las sotanas de sus compañeros y las tiene a punto para el día solemne de la vestición.

Tengo ante la vista ocho cuadernos de anotaciones personales, la mayor parte de ellos del Noviciado:

- 3 de Ramilletes Espirituales
- 1 de Balance Espiritual
- 1 de Ascética
- 1 de Catequesis
- 2 de Diario Personal.

De todos ellos es más voluminoso y rico de contenido es uno de Diario Personal. Las últimas anotaciones están datadas en la Isla de Curazao, en su primer viaje al Ecuador.

He ojeado las recomendaciones de su Párroco, escribiendo al Inspector, los lacónicos datos de los formularios de aceptación a la ley y a la consagración definitiva de su vida a Dios en la "Familia de Don Bosco", como él solía decir entonces. Todos reconocen en Marini, su gran competencia de sastre, su gran responsabilidad, servicialidad, y profunda vida de fe. Y todos ven en él un Salesiano de fundadas y grandes esperanzas para el porvenir.

Vino al Ecuador en febrero de 1948. Estuvo unos meses en el Girón, que era Casa de Estudiantado Teológico. Enseguida pasó a la Tola donde permaneció hasta dos meses antes de su muerte. El

Don Bosco de la Tola era entonces Casa Inspectorial y Colegio de Artes y Oficios. Aquí empezó su apostolado como Jefe de Taller de Sastrería.

A los 34 años de trabajo le sorprendió el primero y último cambio. Los Superiores, conscientes de la resonancia que podría tener en él, sondearon prudentemente sus fuerzas (meses antes había tenido la segunda intervención quirúrgica). Tras unas semanas de reflexión, optó por la sugerencia que le hacía la obediencia y comunicó al Inspector su decisión. Luego llegamos a saber que ya la enfermedad le golpeaba implacable e inmisericorde el cuerpo e indudablemente también el ánimo.

Tengo ante mi vista numerosos testimonios escritos del elogio y de admiración profunda de su persona. Y resuena también en mi imaginación la voz de voz de personas que le recuerdan como a venerable patriarca, reliquia de los primeros tiempos.

Tengo también a mano un formulario de ficha personal que le pidieron desde Turín en 1971 en preparación del Capítulo General Especial. En las respuestas de su propia mano a las preguntas de los distintos cuestionarios, se proyecta su personalidad de Salesiano laico. Trasciende también su decisión de trabajar por los jóvenes y solamente por los jóvenes más pobres. Sus padres son de condición modesta: padre obrero industrial y madre, dada por entero a las obligaciones del hogar. En esta ficha él no se considera pobre.

Las reflexiones, oraciones, alusiones más repetidas con ocasión de las jornadas de velación y despedida, tienen un punto focal de convergencia: LAS VOCACIONES DE SALESIANOS LAICOS. El laico consagrado es un elemento esencialmente constitutivo de la identidad sale-

siana. El apostolado salesiano andará "chueco", falto de integración esencial, sin el aporte del coadjutor salesiano. Su colaboración es imprescindible y determinante en la realización plena y auténtica de la Misión Salesiana. Es lo mismo que decir, que sin la presencia del salesiano laico en nuestro apostolado, los planes trazados por Dios para nuestra Familia, quedarían frustrados, no realizados en la plenitud y calidad programados por el Espíritu Santo, inspirador del carisma Salesiano.

Personalmente me uno a los Salesianos de la Inspectoría del Sagrado Corazón de Jesús del Ecuador en su afán de dar renovado relieve y valoración adecuada a la figura del Coadjutor Salesiano.

E invito a todos los Salesianos que lean estas líneas, a compartir nuestro agradecimiento a Dios y nuestra pena por la vida y la partida de este hermano.

Y también invito a juntar las manos y a arrimar el hombro. Nuestra oración unida a la de Mario Marini. Me lo imagino en el cielo haciendo coro a Don Bosco y los hermanos que lo acompañan, exigiendo al Espíritu Santo que baje con las pilas bien cargadas y se meta en el alma de nuestros chicos y les de a muchos de ellos ilusión y mística de laicos consagrados.

Y arrimar el hombro... Que continúe sin desfallecer el testimonio, la reflexión, las campañas de propaganda de promoción vocacional de Salesianos laicos. Porque se trata de una vocación y una presencia, cuyo aporte original no puede faltar en la Congregación: esta es una de las contribuciones diferenciales y peculiarmente propias que los Salesianos debemos dar a la Iglesia.

Quito PASCUA DEL SEÑOR.
Domingo 22 de abril de 1984.